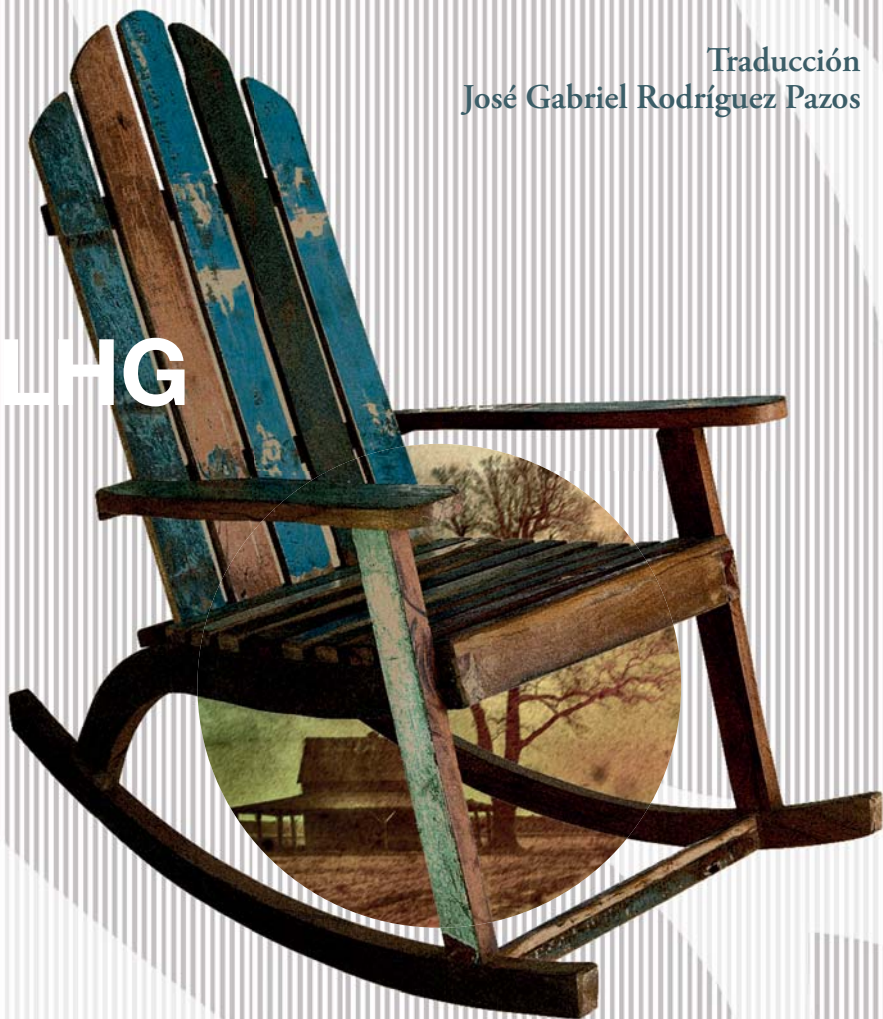


Tim Gautreaux

Todo lo que vale

Traducción
José Gabriel Rodríguez Pazos

LHG



hespérides

TIM GAUTREAUX

Todo lo que vale

Traducción de José Gabriel Rodríguez Pazos



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2021

© De los textos: Tim Gautreaux
© De la traducción: José Gabriel Rodríguez Pazos

Madrid, 2021

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118-75-4
D. L.: M-3960-2021

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/ *Printed in Spain*

A mis profesores, que sabían que todo hecho es una moneda

Índice

Todo lo que vale	13
Exceso de luz	35
Bueno para el alma	57
Presa fácil.....	81
El afinador de pianos.....	101
El Congreso de Escritores de Pine Oil	129
Resistencia.....	151
Mala sangre	173
Puesta de sol en el cielo	195
La libertad del rodeo	215
Bailando con la mujer manca.....	221

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a los numerosos responsables de la Southeastern Louisiana University que han apoyado mi trabajo de escritor. Debo dar las gracias a mis colegas y amigos por lo que me han animado y por su compañía literaria. Tengo una enorme deuda de gratitud con los incansables trabajadores de Sterling Lord Literistic, así como con los editores de revistas académicas que han apoyado mi trabajo. Finalmente, me gustaría dar las gracias a mi esposa, Winborne, que es capaz de detectar una mala frase en cualquier sitio, en cualquier momento.

Todo lo que vale

Fue un típico martes. Mis cuatro hijas, ninguna de ellas casada, ya me entienden, aparecieron y nos dejaron a sus hijos, uno cada una, después de explicarle a mi mujer lo bien que se lo iba a pasar cuidando de ellos. Pero el martes es el día que ella va al casino, así que adivinen a quién le tocó ocuparse de los cuatro críos. Mi hija mayor trajo también el bastidor de un somier, que se había roto por un extremo. Quería que lo soldara. No consigo imaginar qué demonios se puede hacer en una cama para romper un bastidor de hierro, pero el caso es que el sueldo de cocinera de hamburguesas no le daba para comprar uno nuevo, eso dijo, así que tenía que arreglarlo yo con cuatro niños colgados del mono de trabajo. Su hijo, apodado Nu-Nu, tiene siete meses y es un bebé cabezón que siempre está babeando. La segunda de mis hijas, azafata en una compañía de aviones de hélice en Alexandria, tiene una niña de seis años llamada Moonbean, y eso no es un mote. La tercera, que sigue teniendo sus novietes, nos dejó a Tammynette, también de seis años; y el último en llegar fue Freddie, que es mi favorito, porque es igual que yo en esas viejas fotos mías de cuando tenía siete años: cabeza redonda y pelo cobrizo a cepillo, muy corto, como si fuera velcro. También tiene una piel como la mía, de esas que parecen papel, solo que él tiene bastantes pecas.

Cuando estuvieron todos, puse a los tres mayores delante del televisor y mecí a Nu-Nu hasta que se durmió y lo dejé en la cuna

de viaje. Entonces me llevé afuera el bastidor y a los tres que quedaban despiertos, y cruzamos la parcela bajo los árboles hasta mi taller de paredes de chapa. Intenté hacer algo con aquel bastidor, pero Tammynette puso en marcha el aparato de afilar grande, acercó una lima a la piedra y se empezó a reír con las chispas que salían. Lo desenchufé y me puse a trabajar, pero cuando estaba sujetando el bastidor en el torno y enganchando la toma de tierra de la soldadora, me apoyé en la estructura de hierro y Moonbean cogió en ese momento el portaelectrodo e hizo que se produjera un arco azul al acercarlo a la parte de abajo de la cremallera de mi mono de trabajo. Yo salté hacia atrás, como si el poder del Altísimo me hubiera zarandeado, rasgué el mono de un tirón y me sacudí las chispas de los calzoncillos. Moonbean abrió de par en par sus ojos de chivo y dijo en tono cantarín:

—¡Hala! Cómo brinca el abu.

Pensé entonces que mejor dejaba de soldar nada con niños alrededor.

Los saqué a la parcela a jugar, pero, aunque tengo más de una hectárea, la verdad es que no hay mucha cosa para críos ahí, así que me senté y me puse a observar cómo Freddie se subía al motor de Oldsmobile que tengo colgado de un roble rojo con una larga cadena. Tammynette y Moonbean lo empujaron como si estuviera en un columpio, y yo les grité que parasen, pero no me hicieron ni caso. El espectáculo debía de ser bastante triste, supongo. No está bien tener un motor lleno de grasa colgando de una cadena de Kmart en tu parcela. Ya lo sé. Incluso en un pueblo del centro de Luisiana como Gumwood, que es como cualquier otro sitio de tierra rojiza del sur, chatarra en la parcela es chatarra en la parcela. Yo me gano la vida haciendo trabajillos de soldadura.

Quién diría que hasta fui una vez a la universidad. A la LSU, un semestre. Trabajaba horas extras en un aserradero para poder costear la matrícula y me presentaba con mis botas de tra-

bajo en la clase de Inglés 101 que impartía un negro pakistaní, que no entendía una palabra de lo que decíamos nosotros, y nosotros a él mucho menos. Aquel tipo no me enseñó una mierda. Se sentaba encima de la mesa, con las piernas cruzadas y nos decía que escribiéramos sin parar en lo que él llamaba nuestros «portfolios», que no se leía nunca. Todo lo que sé es que envié nuestras tablas sujetapapeles a sus parientes de Pakistán para que las usaran como madera para el fuego.

El profesor de álgebra nos hablaba con los ojos mirando hacia arriba, como si tuviera la clase escrita en el techo. La mayor parte del tiempo no sabía ni si estábamos en clase, y durante un mes pensé que el pobre diablo era ciego. Jamás conseguí resolver ni una equis.

El profesor de química era un gordo borracho que calentaba sopa Campbell's en uno de los mecheros aquellos y se la comía en la lata mientras hablaba. En aquella clase estábamos como un millón de alumnos y yo no conseguía entender qué quería que hiciéramos con los números y los nombres. Yo me sentaba al fondo, con estudiantes de una fraternidad que me llamaban «tío Jed». Un par de veces que conseguí ver desde allí lo que ponía en la pizarra, estuve a punto de entender algo, y me puse muy contento.

El profesor de historia me gustaba bastante y aprendí a tomar muchos apuntes de lo que decía, pero un mediodía de mucho calor cayó muerto mientras hablaba de las pirámides y lo sustituyó un tipo pequeñajo, que parecía un lagarto, y que me miraba con aire de superioridad en mi sitio de la primera fila. Creo que le caí bastante bien porque yo no me parecía a nadie de aquella clase, con mi pelo cobrizo bien corto y unos vaqueros que no estaban desgastados. Aunque suspendí aquel semestre, me compensó el gasto todo lo que aprendí sobre gente con el corazón más pequeño que un perdigón de cartucho.